historias vascas

La ampliación del Museo de Bellas Artes de Bilbao invita a recordar cómo surgió el rico patrimonio cultural de la ciudad. A finales del siglo XIX y principios del XX, Bilbao experimentó una gran transformación económica, social y política, y gracias a la colaboración de instituciones, artistas, empresarios y ciudadanos, nacieron entidades como la Sociedad Coral, la Filarmónica, la BOS y el citado Museo de Bellas Artes.

Constructores de futuro: Bilbao entre los siglos XIX y XX

Luis Javier Pérez
Iñigo Alberdi Amasorrain

LA ampliación del Museo de Bellas Artes de Bilbao, con el proyecto de Norman Foster y Luis María Uriarte, es una magnífica noticia. El museo ganará espacio para mostrar sus colecciones y desarrollar su actividad. Pero, al pensar en esta nueva etapa, hay una cuestión que trasciende al edificio: la forma en que nació la institución y el ambiente en el que fue posible.

Porque el Museo de Bellas Artes no ha estado siempre ahí. Tampoco la Sociedad Coral de Bilbao, la Filarmónica o la Orquesta Sinfónica. Hoy cuesta imaginar Bilbao sin ellas. Y, sin embargo, hubo un momento en que eran solo proyectos. Ideas que alguien tuvo que defender, financiar y sacar adelante. Buena parte de ese Bilbao cultural del que ahora disfrutamos nació en apenas unas décadas. Y no precisamente en una época tranquila.



'Alegoría de Bizkaia', vidriera que luce en el Palacio de la Diputación Foral de Bizkaia, obra de Anselmo de Guinea.

UNA SOCIEDAD EN CAMBIO En 1876, tras la última guerra carlista, Álava, Bizkaia y Gipuzkoa sufrieron la abolición de su régimen foral. La pérdida de sus instituciones históricas provocó una profunda conmoción. Dos años después, el primer Concierto Económico estableció un marco fiscal y administrativo nuevo. No devolvía lo que se había perdido, pero permitió a las diputaciones provinciales disponer de una capacidad económica y de actuación muy importante.

Una muestra de esa fortaleza fue el Palacio de la Diputación de Bizkaia, proyectado por Luis Aladrén e inaugurado en 1900, apenas veinticuatro años después de la abolición foral. Su monumentalidad reflejaba la capacidad económica de la institución y su voluntad de continuidad histórica. Algo que también expresaba la extraordinaria vidriera de su escalinata, diseñada por Anselmo Guinea, con su alegoría de Bizkaia, las Juntas Generales y el Árbol de Gernika.

A esa transformación política se sumaba otra, económica y social. Las minas, la siderurgia, los astilleros, el comercio y las finanzas transformaban Bilbao y su entorno. Crecían las empresas y las fortunas. Llegaban miles de trabajadores. Se levantaban fábricas, barrios e infraestructuras. También aumentaban las desigualdades y los conflictos sociales, y buena parte de la población vivía y trabajaba en condiciones durísimas. Aquella etapa de nuestra historia estaba muy lejos de ser una edad de oro.

Mientras tanto, muchas personas y organizaciones impulsaron proyectos cuyos frutos seguimos disfrutando más de cien años después.

ASOCIARSE PARA CREAR Basta repasar algunas fechas. La Sociedad Coral de Bilbao se fundó en 1886, impulsada por Cleto de Alaña. En 1896 nació la Sociedad Filarmónica, promovida por aficionados a la música entre los que estaban Juan Carlos de Gortázar, Lope de Alaña y Javier Arisqueta.

El Museo de Bellas Artes se fundó en 1908 y abrió sus puertas en 1914. En 1920 comenzó a funcionar el Conservatorio Vizcaíno de Música, heredero de iniciativas anteriores de enseñanza. En marzo de 1922 dio su primer concierto la Orquesta Sinfónica de Bilbao. Dos años después abría el Museo de Arte Moderno, con Aurelio Arteta como primer director.

Detrás de cada una de estas instituciones hubo un día en que alguien pensó que se necesitaba algo que todavía no existía

Todo esto no dependía, solo, de unas grandes fortunas o de las instituciones. Las claves pasaban por la voluntad, el compromiso,...

Detrás de esas fechas había personas que compartían aficiones. Una iniciativa ayudaba a nacer a otra. Uno de los ejemplos más interesantes fue el Kurding Club, que reunió a jóvenes de la burguesía bilbaína con una notable formación intelectual y artística. Entre ellos había pintores, músicos, escritores y profesionales que miraban hacia Europa, cuestionaban las convenciones de una sociedad muy tradicional y tenían, además, muchas ganas de divertirse. Sus conciertos, exposiciones y fiestas escandalizaban a veces al Bilbao conservador.

No eran señores solemnes. Javier González de Durana retrata aquel ambiente en *Ebrios de arte y de vida*. La música, por cierto, no siempre era bienvenida entre los socios que preferían la tertulia y la diversión. Los aficionados acabaron reuniéndose en una pequeña habitación del club, bautizada como 'El Cuartito'. Aquella agrupación musical sobrevivió incluso a la desaparición del Kurding y fue el germen de la Sociedad Filarmónica.

Entre sus principales impulsores destacaron tres amigos ya citados: Juan Carlos de Gortázar, Javier Arisqueta y Lope de Alaña, a quienes el violinista Mathieu Crickboom llamó "los apóstoles de la música". Actuaron como auténticos catalizadores: reunieron voluntades y recursos, y ayudaron a transformar aficiones compartidas en instituciones. Su labor fue decisiva para la Sociedad Filarmónica y favoreció el desarrollo de otros proyectos musicales posteriores como la BOS.

Entre los artistas vinculados al Kurding Club estaba precisamente Anselmo Guinea, socio de honor y participante en la decoración de sus locales. El mismo que diseñó la monumental vidriera del Palacio de la Diputación. Una muestra de cómo se conectaban aquellos mundos.

Algo parecido ocurrió con las artes plásticas. La Asociación de Artistas Vascos, fundada en 1911, no nació para defender los intereses profesionales de sus miembros. Su principal objetivo era organizar exposiciones, intercambiar conocimientos, abrir oportunidades a los creadores y conseguir que su trabajo se conociera fuera.

Sus primeras exposiciones se celebraron en los locales de la Sociedad Filarmónica. Una asociación musical cedía espacio a otra dedicada a la pintura y la escultura. Una muestra de sus conexiones.

Todo esto no dependía, solo, de unas grandes fortunas o de las instituciones. Las claves pasaban por la voluntad, el compromiso, los conocimientos, el trabajo y el tiempo compartido.

EDUCACIÓN Y ATENCIÓN SOCIAL Sería injusto reducir ese empuje a las instituciones que hoy relacionamos con la alta cultura. La enseñanza profesional fue una preocupación de aquella Bizkaia en transformación.

La Escuela de Artes y Oficios de Bilbao abrió sus puertas en 1879. En 1897 se creó la Escuela de Ingenieros Industriales, con la colaboración de instituciones públicas, empresarios y profesionales. Las empresas también promovieron la formación de trabajadores y aprendices.

Y hay una experiencia que merece ser recordada: la de la Santa Casa de Misericordia. Sus talleres ofrecían a jóvenes la posibilidad de aprender imprenta, tipografía, encuadernación, ebanistería, mecánica y otros oficios. Era asistencia, pero también una oportunidad para abrirse camino.

La Diputación desarrolló también una importante labor educativa y sanitaria. A partir de 1919 impulsó una red de escuelas de barriada que llegaría a contar con unos 125 cen-

historias vascas



Antiguo Hospital de Atxuri. Primera sede del Museo de Bellas Artes de Bilbao (1914-1945).



Sede actual del museo de Bellas Artes de Bilbao con la ampliación de Norman Foster 'Agravitas'.

tros, llevando la enseñanza a numerosos núcleos rurales de Bizkaia con la colaboración de ayuntamientos y vecinos. Ese mismo año se inauguró el Sanatorio Marino de Gorliz, que aún sigue en activo, destinado en su origen a tratar a niños enfermos de tuberculosis. Una iniciativa promovida por el doctor Enrique Areilza y respaldada por la Diputación.

La transformación de Bizkaia no se limitó a construir fábricas, crear empresas o levantar grandes edificios. También se tradujo en escuelas, talleres y centros sanitarios que ampliaron las oportunidades y mejoraron las condiciones de vida de su población.

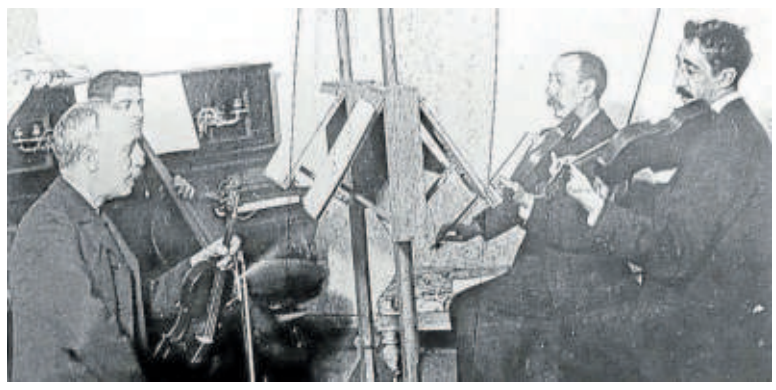


El compositor vasco Maurice Ravel dirigiendo a la BOS en una actuación celebrada en la Filarmónica de Bilbao en noviembre de 1928.

MIRAR FUERA PARA MEJORAR Aquellas generaciones miraban hacia Europa y viajaban para aprender. París, Londres y otros centros europeos atraían a artistas, ingenieros, técnicos y empresarios. Una expresión muy concreta de esa mirada exterior fueron las pensiones artísticas, las becas que concedieron la entonces Diputación Provincial de Vizcaya y el Ayuntamiento de Bilbao para que jóvenes pintores y escultores ampliaran su formación, especialmente en París. Un programa que hoy continúa.

Y no se limitaron a ayudarles a aprender. También se adquirieron y conservaron obras. Así se apoyaba a una generación de creadores y, al mismo tiempo, se iba formando un patrimonio artístico del que hoy disfrutamos todos.

Al recorrer las nuevas salas del Museo de Bellas Artes estaremos viendo también el resultado de aquellas decisiones. Muchas obras llegaron a sus colecciones porque hubo quienes decidieron apoyar a los artistas y conservar aquí su trabajo.



Ensayando en 'El cuartito'. De izquierda a derecha y de arriba a abajo Eduardo Torres Vildosola, Luis Pueyo, Lope de Alaña y Juan Carlos Gortazar.

LO RECIBIDO DE AQUELLOS AÑOS No todo lo impulsaron las instituciones, como tampoco fue todo obra de empresarios y benefactores. Hubo iniciativas públicas, privadas y muchas en las que unos y otros colaboraron. El Museo de Bellas Artes nació precisamente de esa suma de esfuerzos entre instituciones, artistas, coleccionistas y personas dispuestas a aportar recursos.

Quienes fundaron la Sociedad Coral no sabían si llegaría al siguiente siglo. Los promotores de la Filarmónica no podían imaginar cuántas generaciones escucharían música gracias a ella. Cuando se puso en marcha la BOS nadie pudo imaginar que llevaría la imagen de nuestra sociedad a Japón o a Omán o que contaría con más de 2.800 abonados más de 100 años después. Los que pusieron en marcha el Museo tampoco podían prever las colecciones que reuniría ni las ampliaciones que tendría tras un siglo de existencia.

Hicieron lo que consideraban necesario o conveniente para Bilbao y Bizkaia. Se organizaron, convencieron a otros, reunieron recursos y consiguieron que muchas de sus ideas funcionaran. Después vinieron otras generaciones que mantuvieron esas instituciones y las hicieron crecer.

Por eso, cuando hablamos de lo que dejaron aquellos años, no deberíamos pensar solo en edificios, escuelas, cuadros o salas de conciertos. Recibimos, sobre todo, el resultado de la manera de actuar de una sociedad que, con todos sus problemas y contradicciones, fue capaz de poner en marcha proyectos pensados para durar.

La ampliación del Museo de Bellas Artes nos da una buena ocasión para recordarlo. Detrás de cada una de estas instituciones hubo un día en que alguien pensó que se necesitaba algo que todavía no existía. Y hubo otras personas e instituciones que se conjuraron para hacerlo realidad y darle continuidad. El impulso era el de la sociedad en su conjunto.

Quizá esa sea la principal lección que podemos extraer de aquella época: las sociedades no construyen su futuro esperando simplemente a que llegue o a que "alguien haga algo". Lo hacen cuando sus integrantes son capaces de imaginar proyectos, sumar esfuerzos y convertir las ideas en realidades que perduren. ●

LOS AUTORES

LUIS JAVIER PÉREZ



Licenciado en Ciencias de la Información y master en Comunicación, ha desarrollado su trayectoria profesional en el ámbito de la comunicación institucional, una actividad que compagina desde hace casi dos décadas con la divulgación de la cultura, la historia y la diáspora vascas. Actualmente es responsable de comunicación de Bilbao Orkestra Sinfonikoa (BOS).

IÑIGO ALBERDI AMASORRAIN



Licenciado en Derecho, titulado superior en Pedagogía y clavecín, MBA y máster en Musicología. Colabora habitualmente con diversos medios de comunicación en temas relacionados con la música y la cultura. Ha sido director general de Euskadiko Orkestra y gerente de la Sociedad Coral de Bilbao. Actualmente es director general de Bilbao Orkestra Sinfonikoa (BOS).

